

NOTAS A PIEDRA DE SOL

Por Ramón XIRAU

UNA BIOGRAFÍA nunca penetra del todo en el personaje que nos describe. El hombre está en sus obras; el poeta, en sus versos. La verdadera biografía del poeta está en los poemas, hitos clavados en su marcha espiritual.

El poeta, en el curso del tiempo, es y, a la vez, deja de ser el mismo. Como todo hombre, como toda vida. En su cambiante modulación espiritual reside su estar, su personalidad inconfundible, constante, variable, nueva, semejante a sí misma. Y si no es posible hablar de "progreso" en poesía, término de la tecnología y de la propaganda política, puede hablarse sin duda de novedad, de cambio. Un cambio, una novedad que, en los mejores casos, tienden a la integración espiritual del escritor.

En los últimos años, Octavio Paz ha publicado algunas de sus más eficaces páginas poéticas,* tanto en verso como en prosa. En la prosa el poeta se detiene, hace un alto en el camino, mira hacia atrás, concilia su imaginación con su acción, abre los ojos, hace "teoría" de su alma. Cada nuevo poema tiene en cuenta esta detenida observación, esta introspección necesaria, que el poeta brinda en sus libros en prosa. Detengámonos por un momento en la prosa reciente de Octavio Paz, efecto, raíz y causa, nacimiento y vida de su poesía también reciente.

El arco y la lira desarrolla ideas que andaban sueltas por diversos ensayos en prosa, la mayoría de ellos reunidos en *Las peras del olmo*. El núcleo principal de estas ideas se encuentra, como lo hace notar el propio Paz, en su ensayo *Poesía de soledad y poesía de comunión*. ¿Qué nos dice *El arco y la lira*? ¿Qué nos dice este nuevo paso del poeta, esta mirada atrás que es, como el Walt Whitman que Paz entiende, salto hacia el futuro, utopía, búsqueda de la historia en un ayer que habrá de ser el mañana?

La soledad y la comunión, punto y contrapunto, águila y sol de una misma moneda, han preocupado a Paz desde sus primeros ensayos poéticos en verso o en prosa, y los problemas que la soledad entraña fueron especialmente definidos en esta confesión que se llama *El laberinto de la soledad*.

En y antes de *El arco y la lira* Octavio Paz concibe la experiencia poética como experiencia radical. Como la más radical de todas las experiencias. Pero la experiencia poética es una experiencia ambigua e incluso de apariencia contradictoria. Un poema es un escándalo, un reto, una aventura por los caminos de la imaginación.

Desde Parménides, y contrariamente al pensamiento Oriental, el pensamiento de Occidente se caracteriza por su tendencia a la "claridad y a la distinción". Tan sólo aquello que es admisible objetivamente puede llegar a pretender a la verdad. La

contradicción debe desecharse. Es lo que han hecho —contadas excepciones— los pensadores del mundo Occidental. "Mística y poesía han vivido así una vida subsidiaria, clandestina, disminuida." Y es que la poesía, en más de un aspecto semejante a la religión y aun para algunos y entre ellos Paz, verdadera religión, está basada en el ritmo la temporalidad, que es el hombre "manándose". Está basada en la imagen, unión de los contrarios, radical identificación de los opuestos. "El poeta nombra las cosas: estas son plumas, aquellas son piedras. Y, de pronto, afirma: las piedras son plumas. El poeta "desafía el principio de contradicción: lo pensado es lo ligero". Pero la poesía, si

que Paz afirmaba su deseo por "unir dos tendencias paralelas del espíritu humano: la conciencia y la inocencia, la experiencia y la expresión, el acto y la palabra que lo revela..." o *El matrimonio del Cielo y del Infierno* (*Poesía de soledad y poesía de comunión*, 1942).

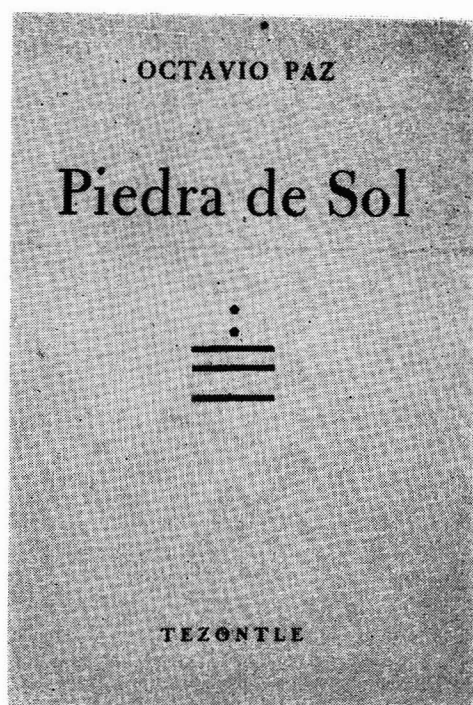
No es necesario pensar que la afirmación de Paz tenga el valor universal que el poeta le atribuye, como no es necesario creer, con Paz, que tan sólo el pensamiento Oriental haya permitido una verdadera asociación de los contrarios. Lo que es indispensable y sigue siendo verdad es que ésta es la verdad para Octavio Paz y que ésta su verdad nos permite penetrar en su mundo poético, pasado o presente. En el presente este mundo de Paz debemos buscarlo en su último, su más ambicioso poema: *Piedra de sol*.

Piedra de sol es un poema movimiento, un poema río, un poema corriente de conciencia. Es, también, un poema regreso, un poema que empieza como y donde acaba, un poema continuo, eterna vuelta sobre sí mismo, "pez que se muerde la cola" ha dicho recientemente Ali Chumacero.

Ya he señalado con anterioridad que la poesía de Paz es una lucha constante entre soledad y trascendencia, subjetividad y comunión, rebeldía individual y rebeldía social. Creo que este poema viene a confirmar esta idea.

Si *El arco y la lira* es la "summa" del pensamiento de Octavio Paz, *Piedra de sol* es también la "summa" de su poesía. Las porciones contrarias se encuentran. Ya no tenemos ahora, aquí, un poema de protesta social y, más allá, un poema idílico o un poema elegíaco. Elegía, amor, protesta, aceptación y renuncia, contentamiento y desesperación, se unen ahora en un todo homogéneo cuyo antecedente poético más inmediato me parece encontrarse en *Himno entre ruinas*. En este sentido, y únicamente en éste —las referencias metafóricas son deseadas— puede compararse con otra síntesis de la poesía contemporánea: *Muerte sin fin*.

En una nota final, que puede servirnos de guía, aunque es, en sí, más anecdótica



es unión de los contrarios, es también revelación de que estos contrarios existen, revelación del águila y sol que a un mismo tiempo somos, revelación de nuestra soledad, nuestra comunión y nuestra comunicativa soledad. Sagrada, la poesía nos dice, como la religión: "aquí es allá", la soledad es comunión, la comunión es soledad. Lo "otro", lo que el pensamiento occidental rechaza o atenúa, está presente. En nuestra vida estamos divididos de nosotros mismos. Solamente un "salto", como dice Kierkegaard o un "salto mortal", como precisa Paz, salto que es amor, que es imagen, que es sentimiento de lo sagrado, puede devolvernos a la otredad de la cual también participamos y la cual, de hecho, plenamente somos. El amor y la poesía nos revelan la otra mitad, la que Paz llama repetidas veces "mitad perdida". De esta actitud nos da Octavio Paz una síntesis perfecta en su introducción a *Las peras del olmo*: "Creo que todos los poetas de todos los tiempos han afirmado lo mismo: el deseo es un testimonio de nuestra condición desgarrada; asimismo, es una tentativa por recobrar nuestra mitad perdida. Y el amor, la imagen poética, es un instante de reconciliación de los contrarios", frase que, a quince años de distancia, hace eco a aquella en

OCTAVIO PAZ

LAS PERAS DEL OLMO

IMPRENTA UNIVERSITARIA
MÉXICO, 1957

* Aunque en estas breves páginas me ocupo principalmente de *Piedra de sol*, también me refiero, fondo necesario, a *El arco y la lira*. Estos libros han sido, ambos, publicados después de mi ensayo sobre Paz en *Tres poetas de la soledad*. No acontece lo mismo con la totalidad de *Las peras del olmo*, buena parte de cuyos ensayos eran conocidos desde hace tiempo, antes que Paz los reuniese en un solo volumen.

que esencial, Octavio Paz señala que el poema está constituido por 584 endecasílabos, número que forma también el ciclo del planeta Venus y que este ciclo ha preocupado a todas las civilizaciones. Estrella matutina y vespertina, Venus presenta una doble faz que es "una encarnación de la ambigüedad esencial del universo". El número de versos de *Piedra de sol* puede ser secundario. No lo es la intención de Paz: identificar en una imagen poética los contrarios que este número de versos imitan al imitar un viejo y arraigado mito de los pueblos. En su prólogo a *El mito del eterno retorno* dice Mircea Eliade: "Al estudiar estas sociedades tradicionales, un rasgo nos ha llamado principalmente la atención: su rebelión contra el tiempo concreto, histórico; su nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, al Tiempo Magno. Este mito de los pueblos "primitivos" ha sido repetido por filósofos y por poetas: Heráclito, Hegel, Nietzsche, Gorostiza o Borges para quien la historia del pensamiento es la historia de unas cuantas metáforas y cuyos cuentos y ensayos son un análisis "atroz o baladí" de este mismo tiempo mítico. El tiempo y el instante, la eternidad y el cambio son también para Paz el ahora, el en todas partes y el nunca: "un minuto y jamás" (*Aguila o sol*).

Poema de este "llegar a ser que nunca llega" y eterno retorno a este nunca llegar, *Piedra de sol* es un poema flúido, donde se funden, se confunden, en el discursar del tiempo eterno, instantáneo y mismo todos los contrarios que han vivido en la experiencia del poeta.

Anonadado por la luminosidad, nuevo Narciso de la luz y el agua, el poeta nos introduce en su camino:

*voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego.*

Se siente "borrado" por los reflejos en la soledad circundada de espejos. Pero este anonadamiento inicial es el anuncio de una radical realización:

... nazco en otro.

En la "otredad", en un más allá que es más acá en su conciencia íntima y viva, el poeta se siente nacer. Se ha dicho que no basta con nacer, que debemos nacer-nos, nacer a nosotros mismos para caer en la cuenta de la verdadera realidad que llevamos dentro, para apreciar nuestra personalidad. Octavio Paz se nace a su mundo. México y la amada se confunden en la primera parte del poema:

*voy por su cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos...
... tu falda de maíz ondula y canta
tu falda de cristal, tu falda de agua...
... voy por tu talle como por un río...*

Pero en este ir por el mundo de su amor y de su México, de su México-amor, el hombre busca:

*... busco a tientas
corredores sin fin de la memoria
puertas abiertas a un salón vacío...
... busco sin encontrar...*

En su caída "a fondo", el poeta se encuentra solo, escribiendo a solas cuando "no hay nadie, cae el día, cae el año".

En el amor que encuentra, amor-recuerdo, Melusina, Laura, Isabel, Perséfone, María, eterno femenino múltiple de nombres, Paz ve cómo se unen los contrarios. Los "años fantasmas", los "años fantasmas", los "días circulares", desaparecen con la aparición del amor, breve instante eterno de infinita presencia. Todo es uno. La unidad domina la presencia:

*todos los nombres son un solo nombre
todos los rostros son un solo rostro,*

en esta "vida por vivir y ya vivida".

Por esto, cuando surge el recuerdo de un amor individual, se desgaja, desaparece en las apariencias y el poeta vuelve a encontrarse solo: "no hay nadie, no eres nadie, un montón de ceniza".

La segunda parte de *Piedra de sol* se inicia con lo que podríamos llamar el tema social, la guerra de España "Madrid, 1937", donde el poeta, según confesaba en *El laberinto de la soledad* vio el nacimiento de "otro hombre".

No es esta tal vez, la mejor parte del poema. Lo que importa es, sin embargo, señalar que en esta experiencia de España, donde está también presente la experiencia del amor, Paz vuelva a su tema central: la unión de los opuestos en el encuentro de la mitad perdida de nuestro ser:

*los dos se desnudaron y se amaron
por defender nuestra porción eterna.*

A diferencia de *Muerte sin fin* donde los nombres, en serie lineal, son distinguibles, en el poema de Paz deja de existir el yo, deja de existir el tú:

*no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres
verdad de dos en sólo un cuerpo y alma
oh ser total...*

La protesta social y política, el desdoblamiento constitucional del hombre, quedan anegados en el ímpetu urgente de la búsqueda "y vislumbramos — nuestra mitad perdida". Unidad hecha de contradicciones que tan sólo el amor-imagen supera y logra sobrepasar. "El desamparo que es ser hombres", "La gloria que es ser hombres". Todo es ya real unidad en esta fantasía del poeta: "todo se comunica y transfigura".

Finaliza el poema. Volvemos a la soledad inicial. "Quiero seguir, ir más allá y no puedo." Pero ésta es ahora una soledad enriquecida en este proceso de ser uno y trascender el uno que se es.

El hombre, "árbol de imágenes" (*Himno entre ruinas*), da nacimiento a su propio ser, a su ambigua y ambivalente naturaleza gracias al poema donde se reconcilian los opuestos, donde adquiere sentido la eternidad que es instante y el instante que es eternidad, donde puede brillar para siempre eternamente repetido el principio y el fin de una misma imagen y de un mismo amor:

*un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado más danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre.*

MINIMO HOMENAJE



CUANDO vedis esta sumida boca
que ya la sed no inquieta, la mirada
tan desvalida (su mitad, guardada
en viejo estuche, es de cristal de roca),

la barba que platea, y el estrago
del tiempo en la mejilla...

Este es Antonio Machado, el profundo,
el 20 de febrero de 1939, dos días antes
de morir, en Collioure, del otro lado de
su frontera. Salió de su patria, perdió pie
dio en tierra; desterrado.

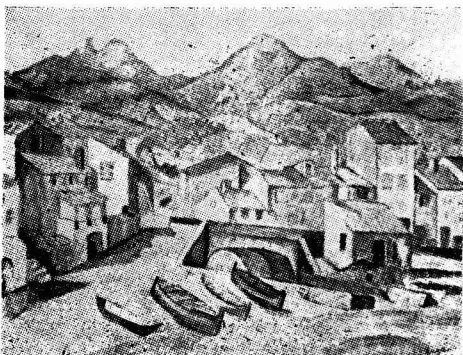
Parece otro. Es él, con la faz del "otro".
(¿Por qué la muerte no es, como el nacer,
masculino?)

El cuello fofo, descarnado, agria la
boca, vieja la barba, que ya no se afeitaria;
muerta —ya— la luz de la mirada,
calavera el gran rueda de su frente;
amarga caspa en sus hombros vencidos.
Roto.

Imagen verdadera —alguna vez se ha
publicado esta fotografía, retocada—, partida
el alma en pena, "transparente, vacío,
ciego, alado" víctima de la España "vieja
y tahir" que le mató.

El crimen fue tras la frontera, para que
no se viera. Ahora, a los diecinueve años,
vence, en pie, como fue. Sé: olvidar, manda
la ley. Viéndole así, ¿cómo? ¿Qué olviden
otros!

M. A.



Celso Lagar— Paisaje de Collioure